Ernesto Schoo

Un porteño en 1887



hispánica franca



Ediciones De La Mirándola

ERNESTO SCHOO

UN PORTEÑO EN 1887



Ediciones
De La Mirándola

hispánica franca

ÍNDICE

UN PORTEÑO EN 1887

SEGÚN el Censo Municipal de 1887, la ciudad de Buenos Aires tiene 433.375 habitantes (en 1880, la cifra había sido 286.000). Un porteño de entonces puede despertar aún al son de las campanas de las iglesias y del pregón insistente de los vendedores ambulantes. Sin olvidar el traqueteo de los carros y del tranvía de caballos. Si ese porteño vive en las inmediaciones de Callao y Córdoba, es probable que el campaneo provenga de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, la antigua capilla del Niño de la Bola de Oro (por el orbe dorado que la venerada imagen del Niño Jesús sostenía en su mano izquierda, en tanto alzaba la derecha para bendecir). La iglesia está en la calle que desde hace muy poco, tres años apenas, cambió su nombre de Garantías por el de Rodríguez Peña, el prócer de Mayo, cuyo quintón ancestral estaba ahí nomás, a una cuadra. El cambio de nombre se debe a que el primer presidente —así se lo designaba— del municipio federalizado en 1880 como capital de la República, Torcuato de Alvear, ha obtenido de la hija del patricio, doña Catalina Rodríguez Peña de Cazón, la cesión de una parte de su quinta para abrir la avenida Callao.



{*} "Sí, misia Catalina —parece que le dijo don Torcuato a la señora—, se abrirá Callao y algún día se podrá ir hasta la Recoleta sin embarrarse". Así lo consigna Ricardo de Lafuente Machain en su historia de *El barrio de la Recoleta* (*Cuadernos de Buenos Aires*, volumen XVI). Es probable que el vecino despertado por las campanas y los pregones coincida, no obstante la buena voluntad y la visión profética del intendente, a tres años de las palabras de éste, con Víctor Gálvez, quien en sus *Memorias de un viejo* (citado en el mismo libro de Lafuente) habla así de Callao: "...es un pantano prolongado; verdad es que actualmente la adoquinan, pero sin dobles hileras de arbolados que expliquen la anchura de aquella calle que hoy es un arrabal sucio".



{*} Tal la zona en que se alzará, como testimonio y símbolo del incontenible desarrollo de la flamante Capital argentina, el Palacio de Aguas Corrientes, en la manzana comprendida entre la Avenida Córdoba y las calles Riobamba, Ayacucho y Viamonte. No sería raro que nuestro vecino madrugador se sintiera

intrigado por la elección del sitio y por la traza que, andando el tiempo, adquirirá ese edificio que por el momento es tan sólo un proyecto, un dibujo en un plano, y que habrá de desempeñar la indispensable función de almacenar y distribuir el agua potable para esa población ya numerosa y en crecimiento constante.

Si el porteño en cuestión decide allegarse al predio mencionado, a pocas cuadras de su casa, su mirada ha de fijarse por un instante, en el cruce de las avenidas Córdoba (así llamada desde 1822; antes se llamó Santa Rosa y, a partir de 1806, Yáñez) y Callao, en el aspecto del lugar. Volvamos a De Lafuente: “Por entonces (hacia 1885), hasta el cruce con Córdoba, tenía (Callao) edificios más o menos chatos pero corridos, aceras de ladrillos y alumbrado nocturno de velas o de petróleo. Pero más al norte raleaban las casas y se veían tapias de ladrillos sin revocar, hasta llegar a Juncal, desde donde, hacia el noroeste, comenzaba el campo. Esa sección estaba ocupada por quintas y terrenos abandonados, cercados con zanjas y plantas de moras o tunas, por lo cual se la conocía con el nombre de ‘camino de las tunas’. (...) Se la consideró alejada del centro y numerosas familias tenían casas de veraneo en ella, cual si fuera un pueblo suburbano”.

No era mucho más estimulante el panorama ofrecido al curioso que avanzara por Córdoba hacia el oeste: otras tantas casas bajas, algunas quintas y, más allá de Centroamérica —hoy Pueyrredón—, el campo, siempre. Que no se desanime el buen porteño de 1887: al publicar el Censo de ese año, su Municipalidad le advierte que si bien en las 18.000 hectáreas que abarca la capital (incorporados hace poco los municipios de Flores y Belgrano, por decreto del 20 de septiembre de 1887, “hay mucho terreno baldío, pero al paso que van los edificios y las diversas fábricas que se establecen todos los días, muy pronto desaparecerán los vacíos que hoy se notan, pues todo será, cuando no se edifique, entregado a la horticultura y la jardinería. Además de esto, la ciudad está llamada a extenderse considerablemente sobre el Río de la Plata, ocupando todo el espacio que desaloje el gran puerto que se construye en estos momentos”. (Adviértase, de paso, la ingenuidad del funcionario, incapaz de prever la predilección de los propietarios porteños por dejar baldíos sus terrenos, a menudo durante decenios enteros; bien es verdad que él escribía arrebatado por la euforia de progreso impulsada, a la vez, por la especulación delirante que desembocaría en la crisis del 90.)

Es que a partir de 1870 y hasta 1910, la tasa anual de crecimiento de la población es del 4 por ciento. La ciudad misma crece, entre 1869 y 1895, en un 44 por ciento. Pero las estadísticas acarrean otros datos que tal vez inquieten al curioso madrugador a quien, casi sin querer, hemos convertido en protagonista de esta andanza, entre ficticia y cierta: en 1887, el 79 por ciento de la mano de obra es, en Buenos Aires,

extranjera; de la cantidad de habitantes arrojada por el censo, el 61 por ciento de los varones son extranjeros; en la franja de edad comprendida entre los 30 y los 44 años, la proporción de extranjeros respecto de los nativos es 7 a 1. Los años culminantes de la inmigración europea, sobre todo (como es notorio) italiana y española, abarcan el período 1884-1889; habrá otra cumbre entre 1905 y 1912. (En 1914, la proporción de extranjeros y nativos habrá descendido al 4 a 1, y la mano de obra extranjera cubrirá un 65 por ciento.)



{*} Tres años antes del comienzo de nuestra crónica, en 1884, Lucio Vicente López, nieto del letrista del Himno Nacional e hijo del historiador Vicente Fidel, ha entonado, con rencor y ternura, el réquiem de la Buenos Aires que fue "la Gran Aldea" (tal el título de su novela testimonial), calificación que alude tanto a la traza de la ciudad cuanto a la mentalidad de sus habitantes. Ha sido y en gran medida continúa siendo, en este año de 1887, una urbe de casas bajas, de apariencia modesta aun las de familias pudientes; con un puerto que, si bien ocupa el 12° lugar en el mundo, plantea complicados problemas de carga y descarga de pasajeros y mercaderías, por el residuo aluvional acarreado por los grandes ríos que forman el estuario (el Paraná y el Uruguay), que hace impracticable el acceso a la orilla de los navíos, hasta los de módico calado; con deplorables falencias en la provisión y distribución de agua potable, lo cual ha provocado y seguirá provocando epidemias —fiebre amarilla, cólera— de difícil contención.

En 1886, un informe del doctor Francisco Seeber, quien será Intendente Municipal entre 1889 y 1890, provoca escalofríos: la higiene pública es lamentable, cunde la desidia; las faenas en los mataderos, el entierro de cadáveres, el drenaje de aguas servidas, las inundaciones frecuentes en la Boca y Barracas, la quema de basuras, todos esos aspectos de la vida frente a los cuales las gentes que se creen finas se tapan la nariz, pero que forman la base insoslayable de la convivencia elemental, en Buenos Aires se ejecutan en las peores condiciones posibles, o no se ejecutan en absoluto. Desde los mataderos —el del Sur, sobre todo, lo que hoy es Parque de los Patricios—, hordas de moscas verdes, portadoras de muerte, se abaten sobre la ciudad indefensa; las miasmas del arroyo Maldonado, límite norte del Municipio hasta 1880, asuelan a las poblaciones ribereñas (el entubamiento definitivo del arroyo no se hizo, y mal, hasta el decenio del 40 del siglo XX); los siempre desaprensivos porteños arrojan la basura a la calle, sin envolverla ni esperar el paso del carro recolector (que, naturalmente, va desparramándola a medida que la recoge, tal cual hacen los

camiones contemporáneos), o bien la tiran en el sempiterno baldío de al lado; cientos de personas se hacinan, en promiscuidad insalubre, en viviendas previstas para mucha menos gente.



{*} En *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910* (Solar/Hachette, 1977), el historiador norteamericano James R. Scobie, al referirse a la ciudad de 1870-80, escribe: "A las calles mal niveladas se unía un sistema inadecuado de drenaje. Los terrenos sobre los cuales se había levantado Buenos Aires estaban drenados por varios cursos de agua, de los cuales el Riachuelo era el más importante. Siete manzanas al sur de Plaza de Mayo, la calle Chile constituía uno de los principales cursos de drenaje; sus veredas debieron construirse a 1,20 metros de altura. La acumulación de basura, la falta de un sistema de desagüe y el desborde frecuente de excusados convertían a muchas calles en algo más que cloacas abiertas. En los días calurosos de verano, el olor de los desechos humanos y de los desperdicios en la calle Chile podía tornarse insoportable".

Y si en el mismo libro Scobie informa, siempre acerca del decenio 70-80 del siglo XIX, que "en algunas casas se habían instalado cañerías que tomaban agua del río, y habían comenzado los debates sobre construcción de un sistema de agua corriente y desagües para la ciudad" (los debates comenzaron en 1854), no deja de señalar que "más allá de Boca y Barracas no existían desagües ni agua corriente: tal como en tiempos coloniales, los habitantes recurrían a aljibes que recogían el agua de lluvia, o a pozos poco profundos, a menudo contaminados. Desde los retretes se filtraban detritus humanos a napas de agua que se encontraban cerca de la superficie, mientras la basura se descomponía en las calles o en los terrenos baldíos". Unos quince años después, como se vio en el informe del doctor Seeber, la situación no había cambiado mucho en ciertas zonas de la metrópoli. Lo cual no implica desconocer la formidable labor civilizadora y saneadora del primer Intendente: cuando don Torcuato de Alvear se aleje del cargo, precisamente en 1887, tras cuatro años de gestión, dejará 1.072 nuevas cuadras habilitadas y ya se habrán emprendido los trabajos que hicieron de Buenos Aires, hacia 1910, el asombro del mundo.



{*} También se asombraba el porteño tradicional, nuestro protagonista, a quien nos convendría asignar unos cuarenta años de edad. En 1884, bajo el empuje de don Torcuato, ha visto desaparecer, de la noche a la mañana, literalmente, a la Recova Vieja, que desde fines del siglo anterior dividía en dos a la antigua Plaza Mayor; ha visto iniciarse los trabajos de apertura de la Avenida de Mayo, con la demolición, en su tramo inicial, del viejo edificio de la Policía, contiguo al Cabildo. El porteño tradicional, a la vez que un vago sentimiento de despojo, abriga un incipiente orgullo localista. Por algo su Municipalidad le advierte, al presentarle el famoso Censo del 87: "...los adelantos de la ciudad, que ha llegado a ser la admiración de las gentes en los tiempos modernos". Y le proporciona las cifras contundentes: "Buenos Aires tiene 33.804 casas: 28.353 de un piso (quiere decir, de una planta, o sea, planta baja); 4.979 de dos; 436 de tres; y 36 de cuatro pisos". Agrega el dato sombrío: "2.835 conventillos con 116.167 inquilinos".



{*} Ya volveremos sobre este aspecto de la vida urbana; sigamos con el Censo, que muestra sus ínfulas: "Los grandes patios, las grandes puertas y ventanas reglamentariamente cuadrilongas, las casas de un solo piso edificadas sin ninguna precaución contra la intemperie, era lo usual, lo admitido sin discrepancia por ricos y pobres. Hoy se reacciona aceleradamente contra tal sistema de aldea y la edificación moderna reúne, si no todas, las principales condiciones del confort en el sentido literal de la palabra. Se ha empezado por desterrar en lo posible la madera en las construcciones de cierta magnitud, adoptando el hierro; y si exceptuamos el ladrillo, la cal, la arena y algunas maderas duras, todos los otros materiales son importados de Europa y Estados Unidos. Esto indudablemente encarece mucho los edificios, pero en cambio son más sólidos, hermosos y de la mayor comodidad. Contribuye este señalado progreso a valorizar la propiedad del suelo en los puntos

céntricos de la metrópoli argentina y, más que todo, a revelar cada día un nuevo portento arquitectónico”. El Censo enumera los ya existentes en su hora: “Hay edificios públicos notables y valiosos como la Casa de Gobierno en la gran Plaza de Mayo, la Bolsa de Comercio, el Banco de la Provincia, el Hipotecario, la Catedral (hoy Metropolitana), la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el Teatro Colón, el de la Ópera, la Penitenciaría y varios hospicios, que son palacios, atendidos por el gobierno y el pueblo”. (Aclaremos, para el lector de hoy —y dejando a un lado la apreciación sobre el valor arquitectónico de la Casa Rosada—, que la Bolsa de que habla el Censo es la antigua, la que estaba en la Calle Rivadavia, a metros de la Catedral; la Facultad de Derecho no es ni siquiera la de Las Heras y Azcuénaga, sino el edificio de Moreno al 300, donde precariamente sobrevive el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras; el Colón era el inaugurado en 1857, y no el actual de Plaza Lavalle).



{*} El porteño de nuestra fantasía (pero que con seguridad existió) seguía viviendo en una de las casas tradicionales de Buenos Aires. Respecto de las cuales cabe subrayar lo que afirma el Censo, en una de las citas que de él hemos hecho: “…Era lo usual, lo admitido sin discrepancia por ricos y pobres”. Y que Scobie ratifica en su libro: “A pesar de los muchos sirvientes necesarios para los frecuentes viajes al mercado, preparar la comida, cuidar a los niños, lavar y planchar la ropa, fregar los patios, limpiar las habitaciones, las casas de estas poderosas familias (se refiere a los terratenientes de la provincia de Buenos Aires) eran notablemente modestas. Las herencias romana, griega y árabe se habían fusionado en la cultura hispánica, estimulando la intimidad y el resguardo del hogar”.

La modestia edilicia otorgaba a la ciudad un aspecto de sencillez no exento de cierta elegancia provinciana, un estilo, en fin, perdido luego en el tumulto de la opulencia ulterior. Imaginemos la residencia de nuestro personaje. Es de ladrillo, cal y madera, como se dijo, pero acaso conservara una parte de adobe, herencia colonial, sobre todo en los fondos. El frente es sencillísimo, dos ventanas enrejadas, una puerta grande; tal vez una moldura, o unas pilastras toscamente esbozadas, intentan ornamentarlo. Por lo menos una hoja de la gran puerta doble suele quedar abierta desde la mañana hasta la noche; por ella se ingresa en un zaguán abovedado cuyo extremo clausura, celosa, la cancel de filigrana de hierro forjado. Desde la calle se ve el primer patio, el de recibo, embaldosado de mármol, por lo general en blanco y negro. Crecen, espléndidas, las plantas floridas: nada como el patio, generoso de sol

pero cerrado a los vientos, para proteger esas flores delicadas, tradicionales: camelias, diamelas, jazmín del país y del Cabo. En los grandes macetones, las enormes hojas de la cucaracha. Hasta bien puede haber una palmera, muy antigua y alta, esbelta, afirmada en su cantero cuyo borde esmaltan caracoles y piedritas. En el centro del patio, el aljibe, verdadera institución doméstica que a veces, por comodidad, suele estar en el segundo patio.



{*} Porque al primer patio dan las habitaciones de aparato, las encargadas de informar sobre la posición económica, social y cultural de la familia. Las ventanas a la calle (con pequeños balcones, a veces) son las de la sala y el escritorio. Aun la clase media procura impresionar a las visitas con el tamaño y la complicación de los tenebrosos muebles, por lo general enfundados excepto en las grandes ocasiones: cumpleaños, casamientos, velorios. En las residencias más refinadas, un recinto más pequeño y menos intimidatorio acoge a los íntimos: la salida de confianza, donde la dueña de casa se muestra con mayor informalidad. El segundo patio es recorrido en su perímetro por una galería, cuyo alero es sostenido por esbeltas columnitas de fierro (eran de dura madera de algarrobo, o de ñandubay, en la colonia). A la galería se abren las numerosas puertas de los muchos dormitorios, porque estas familias son prolíficas; y aunque los recién nacidos mueren como moscas —dadas las condiciones higiénicas ya apuntadas, y otras propias de la época (hasta bien entrado el siglo XX los porteños nacerán en sus casas, atendidas las madres por parteras y no como ahora, en la clínica)—, se imagina que la casa ancestral dará siempre amparo a una generación tras otra. Suele ocurrir, como en la casa-museo del general Bartolomé Mitre, conservada en la calle San Martín al 300, que el comedor, o el escritorio, esté en una habitación de dimensiones generosas ubicada entre los dos patios. Una glicina, o un jazmín del país, puede enredar sus zarcillos en las columnitas y los aleros de este segundo patio.



{*} Por fin, el tercer patio, así descripto por Scobie: "Árboles frutales, huerta, un gallinero y a veces hasta unos chivos formaban parte de él. A los costados estaban los cuartuchos para los sirvientes, un depósito para leña y carbón, un par de retretes, la cocina, despensas y, con frecuencia, una gran habitación separada donde había una gran tina de baño". Desde su encantador *Memorias de mi lejana infancia (El barrio de la Merced en 1880)* (Buenos Aires, 1964), doña Zelmira Garrigós de von der Heyde (1872-1957) completa la descripción: "En el tercer patio había cuatro piezas más y la cocina, la antecocina, una despensa de madera y dos servicios. Como entonces no existían obras sanitarias sino pozos ciegos, mal construidos, que a veces se hundían, tenían que vaciarse periódicamente por carros atmosféricos". Respecto del clásico aljibe, dice doña Zelmira: "Al medio (habla del segundo patio de su casa, en la calle San Martín entre Corrientes y Sarmiento, entonces Cuyo), el típico aljibe con su arco de hierro forjado cubierto de claveles del aire y su cantarina roldana, siempre en movimiento, subiendo la rica agua llovida, sin gusto a cloro, ni a caños de plomo, purificada por los trozos de carbón de leña que se le echaban de vez en cuando. Rodeaban el aljibe pies de hierro que sostenían tinas de madera pintadas de verde, con lilas, azareros, floripondios, suspiros y coronas de novia". (Acotemos que la purificación solía confiarse a una tortuga, que devanaba su longeva existencia en el fondo del pozo.)

"La planta y el moblaje de tales casas no variaba demasiado por la riqueza de sus moradores. Los dueños de importantes fortunas generalmente construían, según el estilo descripto, en un lote de veinte varas de frente por setenta de fondo. Más comunes eran las casas de diez varas de ancho con un fondo que variaba entre treinta y setenta. Estas casas no estimulaban el lujo." Esta información la proporciona Scobie, más algunas cifras significativas: según Antonio Galarce, jefe de la Dirección General

de Impuestos, el precio de la propiedad suburbana aumenta sin cesar, conforme aumenta también la prosperidad argentina: lo que en 1868 costaba 4.280 pesos, en 1882 había subido a 5.115 pesos, y en 1886 a 9.442 pesos (editorial de *La Prensa*, 1° de enero de 1887). Esta era la cotización de la tierra en el noroeste de la ciudad, en el área a lo largo de la calle Corrientes por donde, a raíz de una concesión obtenida justamente en 1887, don Federico Lacroze puede hacer correr sus tranvías suburbanos —tradicionalmente pintados de verde— para comunicar Flores con Belgrano. La nueva línea se unía a la central en la Plaza del Parque (hoy Lavalle) y corría luego hacia el noroeste, a lo largo de Corrientes, hacia el cementerio de la Chacarita. Una concesión del gobierno provincial permitió también a Lacroze la construcción de una línea denominada Tranvía Rural, desde Chacarita hasta el pueblo de San Martín. Agreguemos que el emprendedor señor Lacroze ofrecía también los servicios de un tranvía funerario, que transportaba al féretro y los deudos, en vagones convenientemente enlutados, hasta el Cementerio del Oeste.



{*} Tenemos a nuestro porteño típico del 80 instalado más o menos confortablemente en su casa, una casa antigua, con sus tres patios y sus múltiples habitaciones pero, ay, con pésimas instalaciones sanitarias. ¿De qué se ocupa este hombre, bastante bien trajeado, que acaso haya podido comprar un terreno en la zona ahora servida por el tranvía Lacroze, y que no se priva de ir a algún teatro, no digamos el Colón o la Ópera, sino tal vez el Politeama, el Nacional, el Variedades, el San Martín? Compañías extranjeras —españolas, italianas, francesas— ubicaban a Buenos Aires como una plaza fuerte durante sus giras. Apenas el año anterior, nuestro amigo pudo aplaudir a Sarah Bernhardt, nada menos, en el Politeama: una visita histórica, rubricada por la teatral declaración de Sarmiento al irrumpir en el camarín de la Divina, en la noche del debut (17 de julio de 1886): “Señora, he hecho trescientas leguas para venir a aplaudirla”.

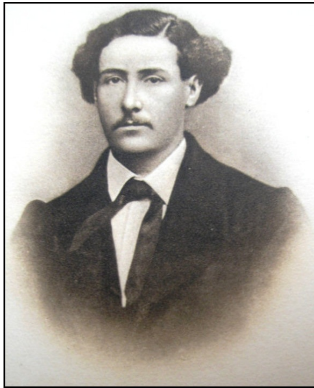
Podemos elegirle una profesión a nuestro personaje. Veamos. En 1887, Buenos Aires cuenta con 18.624 comerciantes, 9.137 empleados, 2.495 militares, 1.499 maestros, 646 músicos, 589 abogados, 559 ingenieros, 436 médicos, 399 actores, 336 farmacéuticos (boticarios, les decían entonces), 317 clérigos (¿nada más?), 232 escribanos, 228 rematadores, 226 artistas plásticos, 164 parteras, 152 contadores, 149 fotógrafos, 135 periodistas, 120 arquitectos, 108 agrimensores, 32 dentistas (casi todos norteamericanos) y 21 taquígrafos. Acotemos: los ingenieros eran en su mayoría ingleses y los abogados, todos argentinos.

A nuestro hombre, como a sus contemporáneos del mundo civilizado, le gusta

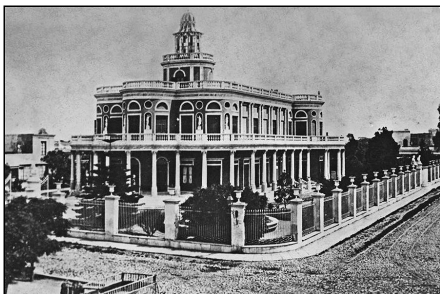
enterarse por el diario de lo que ocurre en todas partes (no había radio ni televisión). Tiene a su disposición 24 diarios y 78 publicaciones menores. “Apreciando esta población en su potencia intelectual —pontifica el inefable (e imprescindible) Censo Municipal—, es quizá la primera de la América del Sur. Su prensa periódica es la más numerosa y puede presentarse como un modelo a la contemplación de los extraños. Se publican diarios y revistas en distintos idiomas. Cada colectividad de extranjeros tiene hojas en su propia lengua, para seguir el movimiento de los negocios o de la política. Existe en Buenos Aires verdadero periodismo, libre e independiente, con escritores bien preparados que lo dirigen. Aquí, lo mismo que en Inglaterra, puede sostenerse que la prensa periódica, por la influencia que ejerce en las costumbres y en el gobierno, es el cuarto poder del Estado”.

Si a esta altura el lector sospecha que el Censo tiene un decidido propósito de propaganda, no se equivoca. Era la literatura con que se pensaba atraer más y mejor inmigración. Ya se habló de los años pico de ingreso de extranjeros en la Argentina. La mayoría de ellos, ante la no cumplida promesa de proveerlos, a su llegada, de tierras e instrumentos aptos para cultivarlas, se quedó en la flamante Capital y sus alrededores. En 1887 había en la ciudad 138.166 italianos, 39.562 españoles, 20.031 franceses, 11.136 uruguayos, 4.160 ingleses, 2.582 suizos, 1.446 paraguayos, 1.057 portugueses, 752 brasileños, 579 estadounidenses, 444 chilenos, 227 suecos, 188 rusos, 156 dinamarqueses, 156 peruanos, 100 griegos, 89 holandeses y 1.830 “varios”.

“Para seguir el movimiento de los negocios o de la política”, es la razón principal, según el Censo, para que los extranjeros impriman y lean sus propias publicaciones. Los negocios en 1887 se reducen, fundamentalmente, a la especulación. Una especulación desenfrenada, loca, de la que da noticia (no siempre fidedigna, pero válida en tanto pintura de costumbres) la novela *La Bolsa*, de Julián Martel (Julián Miró), publicada en 1887. Se hacen y se deshacen fortunas de la noche a la mañana y los nuevos ricos procuran, frenéticamente, introducirse en los todavía exclusivos salones de la clase alta porteña, los dueños de la tierra. La clase alta no es inmune al sacudón de la opulencia. Los patriarcas, los hacedores de “la Patria Vieja”, vivían apegados aún al campo y a sus austeras costumbres. Hasta en el habla, los patricios de antes conservaban dejos camperos, criollos, que solían consternar a sus hijas y nueras, empeñadas ahora en parecerse a los franceses e ingleses a los que admiraban y a los que se sentían igualados por la riqueza. El campo y la ciudad estaban entonces muy cerca y hasta el malevo suburbano mezclaba, en su lunfardo mechado de italianismos, inesperadas expresiones gauchescas.



{*} Pero la Patria Vieja retrocedía, inexorablemente, y la Gran Aldea se transformaba en la Gran Capital del Sur anunciada por Guido y Spano. Y si el centro de la ciudad, que seguía girando en torno de la venerable Plaza de Mayo con su pirámide (en realidad, un obelisco) y sus fuentes francesas que hoy están en Córdoba y Nueve de Julio, conservaba el estilo arquitectónico elegante y algo ingenuo que le impusieron los alarifes italianos (al superponer ornamentos renacentistas en miniatura sobre la antigua traza hispana), el lujo y la riqueza reclamaban ya mansiones suntuosas, palacios a la manera europea. Eduardo Wilde ha dejado la descripción humorística, delirante, de un salón de la alta burguesía porteña de fines del decenio del 80, abarrotado de estatuas, mesas y mesitas, cómodas, jarrones, lámparas, bargueños, sillones de complicada talla, tapices, armaduras, flecos, cenefas, óleos con mosqueteros y odaliscas, jarrones de los que brotan plumeros de colores. También Miró describe la mansión de un nuevo rico en *La Bolsa*, pero lo hace con el verbo apocalíptico del moralista. Por la Avenida de las Palmeras, hoy Sarmiento, en Palermo —raquíticas palmeras, flacas y desplumadas—, corre un lujoso río de coches deslumbrantes. En sus cajas charoladas y a veces hasta timbradas con escudos nobiliarios (las ricas herederas argentinas se casan con nobles europeos arruinados), los "jailaifes" (lunfardo por *high life*, vida en gran estilo) se sueñan en el Bois de Boulogne o en Hyde Park. Las grandes residencias de la época, todavía italianizantes en la estructura (el Palacio Miró, en Plaza Lavalle, lamentablemente demolido en los años 30; la residencia Pereyra Iraola, en Maipú y Arenales, también demolida), comienzan a derivar hacia el imaginario "estilo francés" en que el Segundo Imperio acumuló las reliquias decorativas de varias culturas. Casi todas ellas tienen ahora cocheras y caballerizas, en el fondo; al personal de servicio se lo suele relegar, como en las grandes casas londinenses, al subsuelo.



{*} La clase media pierde por completo su criterio de ubicación en la escala y procura imitar, como puede y aun a costa de sacrificios sin cuento, la fastuosidad de la clase alta. Las clases bajas están compuestas en su mayoría de inmigrantes: los más de ellos sueñan con la vuelta al terruño convertidos en magnates (el "indiano" de tanta zarzuela española); los menos

comprenden que ya nunca volverán y que deberán pelear duramente para conseguir un lugar al sol en esta sociedad de trepadores, y tan inestable, además. El argentino nativo a quien la fortuna ha sido esquiva, se resigna con rencor a la marginación. El sainete y, más tarde, el grotesco, reflejarán en el teatro popular tales desequilibrios y tensiones.

El inmigrante trabaja, literalmente, de sol a sol. Doce horas es la duración habitual de su jornada. Y los salarios ya no son lo que fueron al comienzo del decenio: 1885 marca el comienzo de un considerable deterioro salarial que será paliado, en parte, luego de la crisis del 90, hasta la Primera Guerra Mundial. En 1886, alquilar una pieza en un conventillo le representaba a un obrero industrial el 16,4 por ciento de su ingreso. Es mucho si se atiende, por un lado, a la cantidad de bocas que debe alimentar (las familias son entonces numerosas, y más aún las de escasos recursos) y, por el otro, a la ninguna comodidad y los muchos inconvenientes y hasta peligros de toda índole que le ofrece el conventillo.



{*} La Prensa del 15 de septiembre de 1887 trae esta descripción escueta, que no hace falta comentar: "El conventillo de la calle Salta 807 tiene ocho piezas, habitadas por cuarenta y ocho personas. En el cuarto n° 5, de 5 varas por 6, dormía un matrimonio, una niña de 15 años y 6 hombres. En la pieza n° 2, de 5 por 5, dormía una mujer cuyo marido estaba en el lazareto, y 5 hombres más. Dos cocinas albergaban a 11 hombres y la pieza n° 7 a 6 hombres más". Leamos a Scobie, en su ya citado *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*: "En la calle Potosí (hoy Adolfo Alsina), a sólo una cuadra de Plaza de Mayo, se levantaba uno de los conventillos más grandes de la ciudad. [...] Los 207 inquilinos de este conventillo ocupaban 30 habitaciones: el mismo espacio destinado a una familia acomodada de 10 a 15 miembros, con 5 a 10 sirvientes. Algunas unidades familiares vivían en habitaciones individuales: una lavandera española de 60 años con sus cuatro hijos, la mayor de los cuales era viuda y vivía allí con un hijo de seis años nacido en la Argentina; un zapatero italiano con su mujer y sus tres hijos, todos nacidos en Italia; un albañil francés con su mujer, lavandera, y sus cuatro hijos, todos porteños; una lavandera española viuda y sus cinco hijos, los tres mayores nacidos en el Uruguay y los dos menores en Buenos Aires. Más común era el grupo de hombres, algunos solteros y otros casados, cuyas mujeres se habían quedado en Europa, que se unían para alquilar una habitación. Varios grupos así conformados vivían en aquella casa de la calle Potosí: seis españoles, cuatro de ellos peones, y dos serenos; cuatro peones y cuatro serenos

españoles; tres peones, tres serenos, dos vendedores de cigarrillos y un cocinero, también españoles; otros nueve de la misma nacionalidad, de los cuales siete eran peones y dos serenos. Con frecuencia, la unidad familiar y los hombres solos se combinaban: 11 españoles, incluido un carpintero, un sastre, dos sirvientes, un peón con su esposa y cuatro hijos, y una lavandera de 19 años; un cordobés y 15 españoles, incluidos tres matrimonios, ocho españoles y un matrimonio italiano."

Más abajo aún en la escala social, a mitad del decenio del 80 aparece en escena el "atorrante", el que no trabaja (a veces porque no quiere, y otras porque no puede), ni mendiga, ni roba. Vive, como se dice, de la caza y de la pesca, pero mantiene una cierta dignidad esquiva que lo aleja del delito: la policía puede llevarlo preso por vago, pero se ve obligada a soltarlo por falta de causa. ¿De dónde le viene el nombre? La versión más difundida y, al parecer, más verídica, lo atribuye a los caños destinados a la red de aguas corrientes, dentro de los cuales solían tales personajes pernoctar y aun vivir en forma permanente; esos caños eran fabricados por A. Torrent, cuyo nombre aparecía estampado en grandes letras sobre la superficie de los enormes tubos. Resulta ineludible asociar a los atorrantes con las aguas corrientes, pues alguna misteriosa vinculación los unía (dicho sea esto sin otro ánimo que el de aportar una acotación pintoresca). El subcomisario Adolfo Batiz, en su curioso libro *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos en 1880*, advierte que el "cuartel general" de los atorrantes se ha establecido "...en el llano que se extiende hacia el sur bajando la barranca de la Recoleta, hasta llegar a las aguas corrientes".

También se ocupa Batiz en su texto de otro aspecto social que no podía estar ausente: la llamada profesión más antigua del mundo. Sus cultoras eran numerosas en la Buenos Aires del 80, tanto más cuanto ésta era una ciudad de absoluto predominio masculino (como se vio, la inmigración consistía básicamente de hombres solos). Las prostitutas eran, por supuesto, explotadas por individuos y, más particularmente, por organizaciones específicas. La mayoría de tales mujeres ejercía sus tareas en forma clandestina, entre otras razones, por la tradicional mojigatería porteña, que prefería mirar a otro lado, o, eventualmente, señalar a la prostituta con el índice de uña sucia del moralista, en vez de contemplar la cuestión, sensatamente, desde el punto de vista social e higiénico. Pero los mojigatos no estaban sólo entre nosotros: baste recordar el formidable hormiguero de prostitución que era Londres en esa misma época, en tanto la "buena sociedad" pretendía que ahí no pasaba nada, o, en todo caso, que eran temas propicios para mentes enfermizas (Havelock Ellis fue considerado un disoluto, pese a ser médico, por sus estudios de conductas sexuales, y otro tanto le ocurriría a Freud diez años más tarde).



{*} Y vaya si tenía para escandalizarse el buen burgués porteño de 1887. ¿No se le había ocurrido a ese descarado, el pintor Eduardo Sívori, exponer un desnudo procaz, *Le lever de la bonne*, en el Salón de la Sociedad de Estímulo de Bellas Artes? Vaya y pase que en París, ciudad de pecado, donde Sívori lo pintó, el cuadro conquistara una medalla. Pero Buenos Aires era otra cosa, era y seguiría siendo un bastión de pureza en un mundo corrompido, y no era cuestión de que señoras y niñas —como se decía entonces, y continuó diciéndose en las crónicas sociales hasta bien entrado el siglo XX— se vieran expuestas a semejante indecencia. El desnudo (femenino, se entiende, porque del otro, ni hablar) tan sólo se justificaba artísticamente si la representada era un personaje histórico, o mitológico, hasta religioso (la Magdalena, pero en la etapa de penitencia y cubierta con la larga cabellera), o alegórico. Pero esta mujer pintada por Sívori era una vulgar sirvienta, ni siquiera joven, o hermosa. En la penumbra de un sucucho que el alba apenas comienza a delinear, sentada en un jergón, una poderosa mujer desgreñada, un animal de trabajo, en cuya expresión, enmascarada por las sombras, tal vez se adivinaría un cierto escepticismo, emprende una vez más la embrutecedora rutina de sus días iguales. Desnuda, cruza una pierna para deslizar por ella una media. Es una pintura magnífica que, sin ninguna retórica, señala también una situación social.



{*} Fue necesario que el venerable presidente de la Sociedad, el pintor Eduardo Schiaffino, amenazara con la renuncia, para que el cuadro se expusiera en Buenos Aires, en medio de precauciones delirantes. Hasta los hombres se cuidaban de demorarse ante *El despertar de la sirvienta*, y las mujeres procuraban no entrar en la sala del escándalo. La plástica no era, por cierto, el único motivo que encrespaba, en aquellos días, a las buenas conciencias. Eugenio Cambaceres, un "niño bien", hijo de una de las principales familias porteñas, publica *En la sangre*, novela de intención testimonial y naturalista, a la manera de Émile Zola (escritor "inmoral y disolvente", y para colmo anticlerical). Pero a Cambaceres se le perdona el atrevimiento: pertenece a la *jeunesse dorée* de Buenos Aires, es un *clubman* y un elegante, y como tal, cultiva cierta afectación de escándalo. La Generación del 80, gestora de la reconstrucción del país tras la larga siesta rosista, es declaradamente

liberal, una doctrina política que implica una filosofía condenada con vigor por el papa Pío IX. El liberal porteño del 80 mantenía con la iglesia católica una cortés reserva (en el mejor de los casos), no exenta de ironía: la religión era cosa de mujeres, y por cierto que las madres, esposas, hermanas y novias de los liberales frecuentaban los templos (la que no lo hacía era muy mal vista y corría el peligro, espantoso, del ostracismo social), sobre todo para rogar por el retorno del impío al regazo de la Santa Madre. Cosa que ocurría, casi inevitablemente, en el lecho de muerte, cuando el agonizante ya no podía defenderse. Y aunque no ocurriera, se hacía correr la voz en sentido contrario, pues el prestigio social estaba estrechamente unido a la creencia religiosa y, sobre todo, al cumplimiento de las formas exteriores de la devoción.

El Censo Municipal de 1887 viene otra vez en nuestra ayuda, para decirnos que hay en Buenos Aires "cuarenta iglesias destinadas al culto católico, incluyendo las de Belgrano, Flores y la Floresta, lo que, con referencia a la población, equivale a un templo para cada once mil almas". Agrega: "Los protestantes de las distintas sectas evangélicas tienen cada congregación la suya, autorizadas por la libertad de cultos que garantizan las leyes. Hay también una sinagoga consagrada al culto hebraico".

Hace el Censo especial hincapié en la atención prestada, en la Buenos Aires de entonces, a la educación común, que, como sabemos, tras arduo debate con los clericales logró ser laica, gratuita y obligatoria. "Independiente de las facultades de derecho y medicina, y del colegio nacional, tiene Buenos Aires no menos de ochenta palacios destinados a la educación primaria y graduada de niños y adultos, dotados con esplendidez y servidos por profesores diplomados, cuyo valor se aproximó (se refiere a los edificios de las escuelas, naturalmente) a doce millones de pesos fuertes." "La dirección de las escuelas públicas —prosigue— dispone de recursos abundantes y que no dependen del presupuesto general para sostenerse con brillo y levantar esos monumentos que son el orgullo de la institución."

Nuestro buen burgués avizora entonces la perspectiva de un futuro resplandeciente, para sí mismo y —quién lo dudaría— para sus hijos. ¿Cómo podría ser de otra manera, en un país que la Providencia (al fin de cuentas, habría que creer en ella, aunque fuera un poco) ha colmado de dones inagotables? No tenemos nada que envidiarles a las naciones más adelantadas del globo, ya que no hay adelanto técnico que no sea rápidamente incorporado al progreso argentino. Existen, en 1887, 1.400 abonados telefónicos, y la flamante Sociedad Cooperativa Telefónica prosigue con nuevos tendidos. Uno de ellos, el de Once a Moreno, del Ferrocarril Oeste, se inaugura con la transmisión, a través del hilo, de algunas piezas cantadas por dos famosos de la época: Juan Aláiz y Emilio González. Hay 18 sucursales de Correos, que llegan a localidades tan distantes como Quilmes, Adrogué, Belgrano y Lanús. El año

anterior, 1886, se había inaugurado el ferrocarril a Mar del Plata, de la línea del Sur, con 1.400 primeros viajeros (se tiene la tentación irresistible de imaginar que son aquellos mismos primeros abonados al teléfono…). También en 1886 había llegado a destino el ferrocarril de Buenos Aires al Rosario (y en 1885 se abrió el primer tramo del tren a Chile, la línea del Pacífico). Hay en la capital nada menos que 10.349 establecimientos industriales. La materia prima elaborada alcanza, en el 87, a 48 millones de pesos oro. El Club Industrial y el Centro Industrial se fusionan en la Unión Industrial Argentina. El Censo consigna: "Numerosas fábricas de todas clases de industrias, como de carruajes en general, de muebles, de fideos, de licores, de cerveza, de cristales, de calzado, aserraderos de maderas, fundiciones de bronce y de hierro y otras igualmente importantes, contribuyen al movimiento comercial, preparando sus productos para la exportación y el consumo local".



{*} Reconfortado por los índices inequívocos de la prosperidad general e incesante, nuestro protagonista se repantiga en su sillón favorito —de cuero, relleno de crin, sobre el modelo inglés Chesterfield, oscuro y monumental como corresponde a la dignidad de un caballero (y muy cómodo, que en eso son maestros los ingleses)— para leer, en la prensa diaria, qué pasa en el mundo. En Londres, capital del imperio que tanto contribuye a nuestro bienestar, se inaugura la conferencia imperial de las colonias autónomas. En África del Sur se funda, también por los ingleses —que ya andan a la greña con los precedentes colonizadores holandeses— la Rhodesia, en homenaje al propulsor del dominio británico sobre el territorio, Cecil Rhodes. Las Nuevas Hébridas pasan a ser un condominio anglofrancés. En los Estados Unidos se pone en funcionamiento la primera linotipo, inventada por Otomar Mergenthaler. Sadi-Carnot es el nuevo presidente de la República Francesa. Las noticias locales no son menos interesantes. El general Bartolomé Mitre publica su vasta *Historia de San Martín y de la emancipación american*a. La Virgen de Luján es solemnemente coronada como patrona de la Argentina, el Uruguay y el Paraguay, en magnífica ceremonia a la que envía su bendición el papa León XIII. El Censor comienza a publicar la *Vida de Dominguito* escrita por su padrastro Domingo Faustino Sarmiento. Se tienden cables submarinos a Europa y los Estados Unidos. Se fundan el Banco Español y el Nuevo Banco Italiano. El Municipio fija el trazado definitivo de la que medio siglo después será la Avenida General Paz, de circunvalación de la Capital, prevista ya por Bernardino Rivadavia medio siglo antes. El capitán de corbeta Agustín del Castillo descubre la cuenca carbonífera de Río Turbio.

En medio de la euforia de bonanza, algo inquieta vagamente a nuestro hombre: se ha constituido la asociación gremial del personal ferroviario de locomotoras, La Fraternidad. Los inmigrantes no sólo no fueron aquellos nórdicos soñados por Alberdi y Sarmiento, portadores de la civilización, la cultura y la disciplina, sino que hasta trajeron consigo la simiente de la lucha de clases, algo que no pasaba por la cabeza del trabajador criollo, de índole más resignada y, al fin de cuentas, partícipe también, a su manera, de la abundancia de una tierra donde bastaba dejar caer una semilla para que brotara un trigal y donde, hasta no muchos años atrás del que nos ocupa, el gaucho sacrificaba y carneaba a la res a fin de servirse de ella estrictamente lo necesario para su comida del día, y abandonaba el resto a los perros cimarrones y los caranchos (para asombro y consternación de los viajeros de ultramar, escandalizados del despilfarro).



{*} Arrancados de su terruño y de los lazos familiares, atraídos a estas costas con promesas rara vez cumplidas (salvo excepciones, como el barón Hirsch y las colonias judías de Entre Ríos) de disponer de tierra para cultivar y de instrumentos de labranza y un alojamiento decente, encandilados por la ilusión de El Dorado, los inmigrantes tropezaban con una amarga realidad. Permanecían en el Hotel de Inmigrantes entre tres y cinco días, y después quedaban librados al albur de su habilidad y de las posibilidades del mercado de trabajo. Que eran inmensas, sin duda, pero leoninas y casi exclusivamente urbanas. Venían escapando del hambre y de las duras condiciones de vida en una Europa superpoblada y escasa en territorios fértiles (en comparación con las colosales dimensiones de América), y se encontraban con más hambre y más dureza. Algunos de ellos escapaban también de las persecuciones políticas: eran socialistas, o anarquistas, englobados todos ellos aquí —los moderados y los extremistas (que los había, sin duda)— bajo la común denominación de ácratas. Vocablo que en las imaginaciones locales encendía el fulgor macabro de los grabados que ilustraban, en las publicaciones periódicas, los atentados contra los grandes duques, o el adoctrinamiento de inocentes criaturas en las consignas del odio y el crimen.

En busca de algo que sosiegue su espíritu, momentáneamente alterado, el porteño medio del 87 encuentra consuelo en el Censo Municipal, que, con maternal ufanía, le informa que “la renta que produce el municipio a la Intendencia Municipal está alrededor de cuatro millones de pesos nacionales. Fuera de la renta municipal, la ciudad entrega anualmente al erario de la nación, treinta y seis millones por aduana; dos millones quinientos mil por contribución directa y patentes; dos millones

trescientos mil por papel sellado; ochocientos mil por correo y telégrafos; quinientos mil por aguas corrientes, y algunos cientos de miles más por entradas de menor importancia”.

La mención de las aguas corrientes impulsa a nuestro hombre a visitar de nuevo las obras en curso, que tanto lo intrigan, en la vecina manzana de Córdoba, Ayacucho, Riobamba, Viamonte. ¿Qué estarán haciendo allí, qué aspecto tendrá lo que ya popularmente se denomina el Palacio de las Aguas Corrientes? Él no duda de que será algo magnífico: se ha acostumbrado ya a pensar en grande, sabe que la Argentina y, sobre todo, su ciudad, que ha pasado en apenas tres años de aldea a urbe cosmopolita, no escatiman gastos cuando se trata de ostentar ante el mundo la riqueza que proclama la grandiosidad futura de una nación privilegiada. Acaso confundido, acaso ingenuo en exceso, este hombre tiene sin embargo una gran virtud, una virtud que lo redime: cree. Cree en el futuro, cree en la grandeza. Y, sobre todo, cree que los argentinos pueden hacerlo.



{*} Hasta en las menudas cosas de la vida cotidiana encuentra razones para su creencia. Volvamos al Censo, proveedor inagotable de datos preciosos: “El número de carruajes de paseo puede calcularse así, por los datos recogidos en la Oficina de Patentes: ciento cincuenta de primera clase; mil ciento setenta de segunda, y setecientos de plaza. El movimiento de los transeúntes por las calles en tan largas distancias se hace en tramways, de los que existen cuatro compañías, que son: Ciudad de Buenos Aires, Anglo Argentino, Buenos Aires y Belgrano, y Central. Los nuevos distritos de Belgrano y San José de Flores están ligados al centro de la capital por líneas de tramways, desde hace muchos años. Debido al adelanto de estas empresas, Buenos Aires ha sido llamada con justicia la ciudad de los tramways”. Estos tranvías eran arrastrados por caballos, ya que los eléctricos tan sólo llegarían en 1890. Era la civilización del caballo, y tal vez cueste imaginar hoy lo que podía llegar a ser el centro congestionado de una ciudad que se encaminaba aceleradamente hacia el millón de habitantes, con toda clase de carruajes entreverados, con el piafar, el sudor y los excrementos equinos por doquier, y la corneta del mayoral del tramway abriendo paso al vehículo y procurando evitar accidentes (que los había, y numerosos).

Traspuesto el hervidero del centro, el *tranguai* se deslizaba con mayor comodidad hacia el suburbio. Acaso el mayoral iba silbando, o tarareando un tango. Porque ya andaba el tango por ahí, enredándose en la atmósfera canalla de los prostíbulos y de

los cafetines de barrio. En 1887, le faltaban aún nueve años para recibir el bautizo oficial de la historia. Pero podemos imaginar que ya se lo tocaba y bailaba, hijo natural de la milonga y quizá de la habanera, sin mucho que ver con el tango español, de origen gitano, pero como él destinado a ser una danza popular. Parece mentira que el tango fuera, en aquel tiempo, alegre, juguetón. Con algo todavía de frescura campera, como se advierte en *La morocha*, por ejemplo. La tristeza no había llegado aún: la queja del inmigrante frustrado, tal vez.

No está mal que esta apretada, fugaz evocación de una época fecunda –la Argentina joven de los años 80 del siglo XIX– culmine con un aire de tango. Buenos Aires era el símbolo concreto de aquel país liberal y creador, y el tango llegaría a ser la música de Buenos Aires. ¿Cómo resumir el caleidoscopio infinito de la entonces flamante Capital argentina? Ciudad loca, entregada a la especulación y el despilfarro, sin prever el abismo de 1890, del que surgiría, sin embargo, renovada y en camino –abandonada la etapa italianizante de su arquitectura, tan cambiante y heterogénea que a veces parece soñada– hacia su etapa afrancesada. Ciudad de trabajo, empeñoso, agotador, pero con resultados concretos: 1.072 cuadras nuevas, 80 "palacios de la educación pública" (y gratuita), 192 edificios públicos, 12 estaciones ferroviarias y 8 de tranvías. Doscientos cuarenta y siete mil seiscientos cincuenta y dos habitantes varones, y ciento noventa mil doscientas veintitrés mujeres. Bajos salarios para obreros y trabajadores manuales: hacinamiento en los conventillos, pésimas condiciones sanitarias. Para paliar esta deficiencia se edificará, precisamente, el Palacio, majestuoso y fantástico, de la Avenida Córdoba. Se trabaja en las obras del Puerto Nuevo, en cuya traza original interviene también el ingeniero John Frederick Bateman, el mismo de las Obras Sanitarias. Se siente brotar de la tierra el pulso febril de las urbes en movimiento: hay una vocación de grandeza y (acaso en menor grado) de eficiencia.

Nuestro porteño del 80 acaba de dar la vuelta, con paso regular a la manzana de las Aguas Corrientes. Mientras regresa a su casa y calcula la conveniencia de mudarse, tal vez, a un moderno departamento, de esos que deslumbran a su mujer, reflexiona en las palabras finales del famoso, invalorable Censo Municipal de 1887: "¿Qué será de esta gran ciudad de Buenos Aires dentro de cincuenta años, es decir, en época no tan remota que no la puedan alcanzar muchos de los presentes? Si aplicamos a la proyección propia y adventicia la probada teoría de Malthus, calculando sobre cuatrocientos cincuenta mil habitantes que hoy tiene, resultarían novecientos mil para 1913 y un millón ochocientos mil para 1938; pero como estos cálculos no siempre se cumplen en la práctica debido a la inconsistencia de algunos factores, y admitiendo por ende causas reactivas en el progreso de la población, podemos,

reflexionando atentamente sobre el pasado, enunciar como probable la cifra de un millón quinientos mil habitantes para el segundo período indicado, y la de dos millones para el día feliz en que la renombrada Atenas del Plata, cuna de la libertad y centro de la opulencia argentina, celebre el cuarto centenario de su fundación por don Juan de Garay”.

Sea quien fuere el redactor, sentencioso pero eficaz del Censo, se quedó corto. ¡Ojalá los diez millones de habitantes contemporáneos de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, tuviesen la mitad de la fe en el futuro que adornaba a nuestro antepasado de 1887! Al cual abandonamos aquí, en la ribera de tiempo, y que se despide de nosotros con una expresión ansiosa: la de quien anhela ver cumplida en un futuro que él no verá la certeza de la profecía.



ILUSTRACIONES



Torcuato de Alvear

(volver)



Palacio de las Aguas Corrientes

(volver)



Lucio Vicente López

(volver)



Plaza de Mayo (con el antiguo Cabildo al fondo)

(volver)



Avenida de Mayo

(volver)



Casa Rosada

(volver)



Catedral de Buenos Aires (delante, la Pirámide de Mayo)

(volver)



Casa Museo de Bartolomé Mitre

(volver)



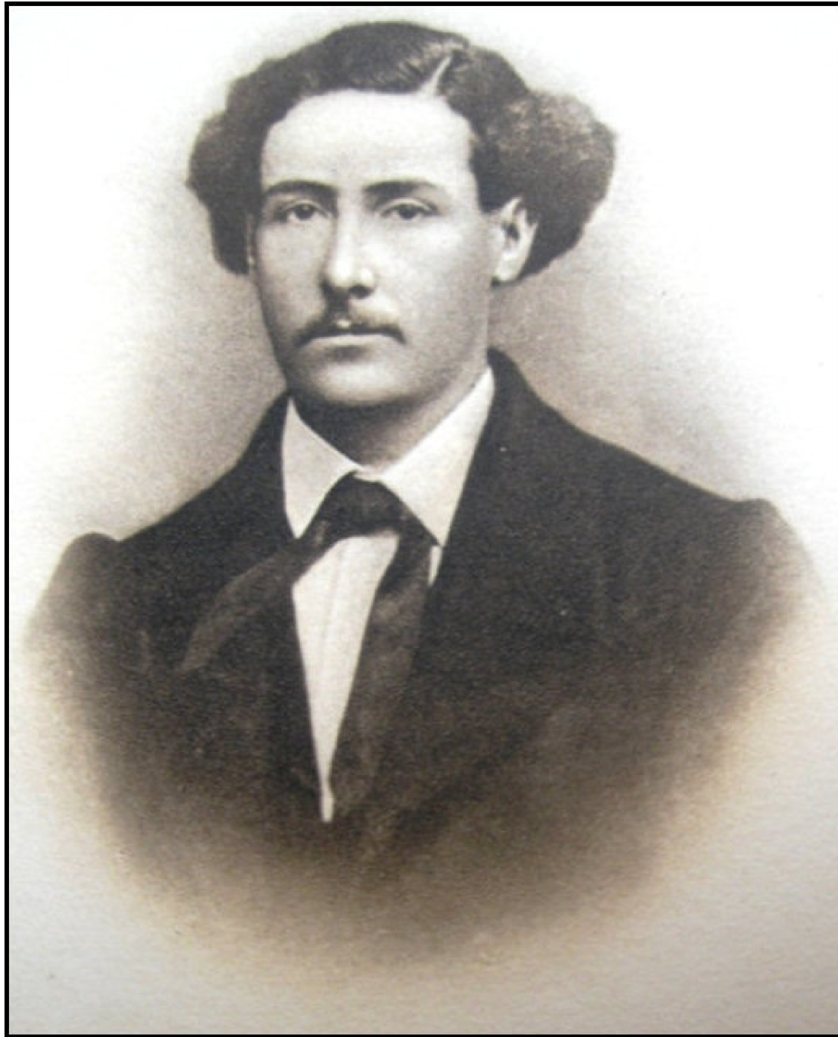
Aljibe (en el patio del actual Cabildo)

(volver)



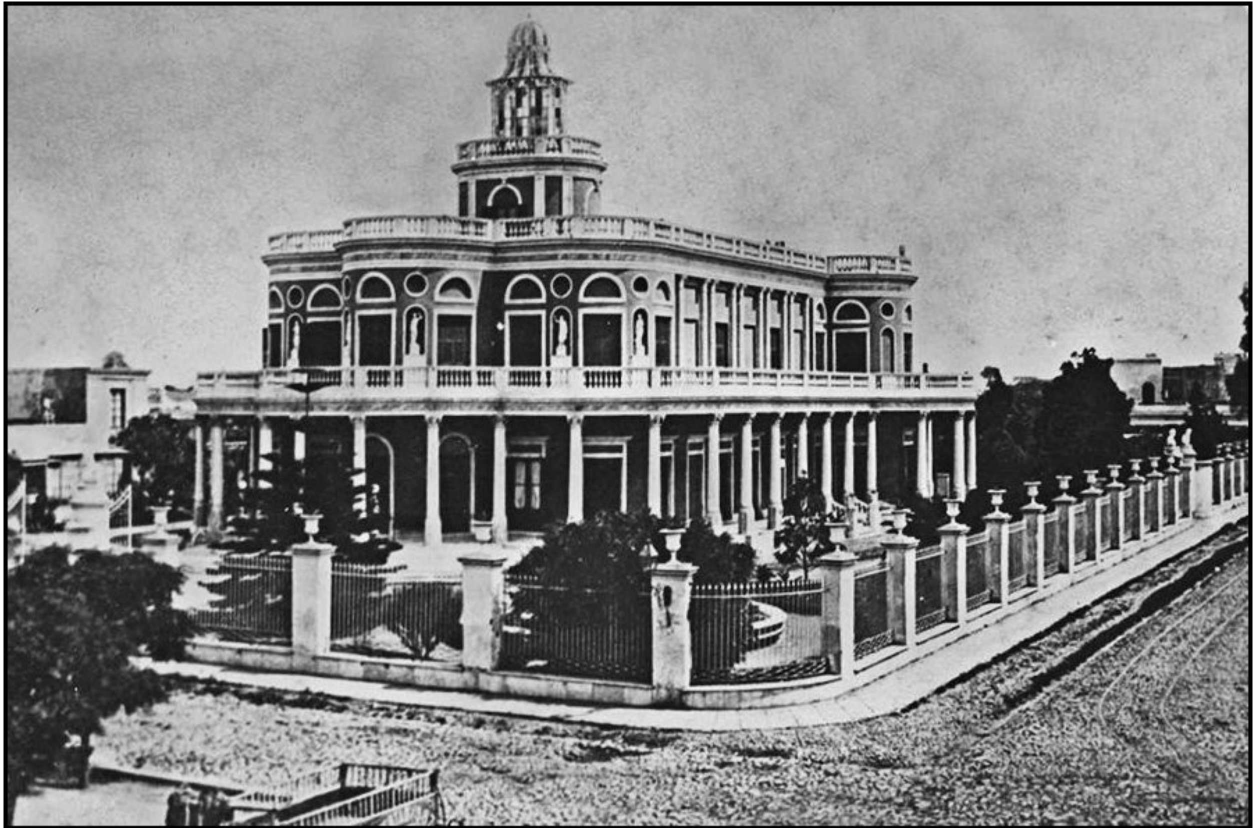
Sarah Bernhardt

(volver)



Eduardo Wilde

(volver)



Palacio Miró

(volver)



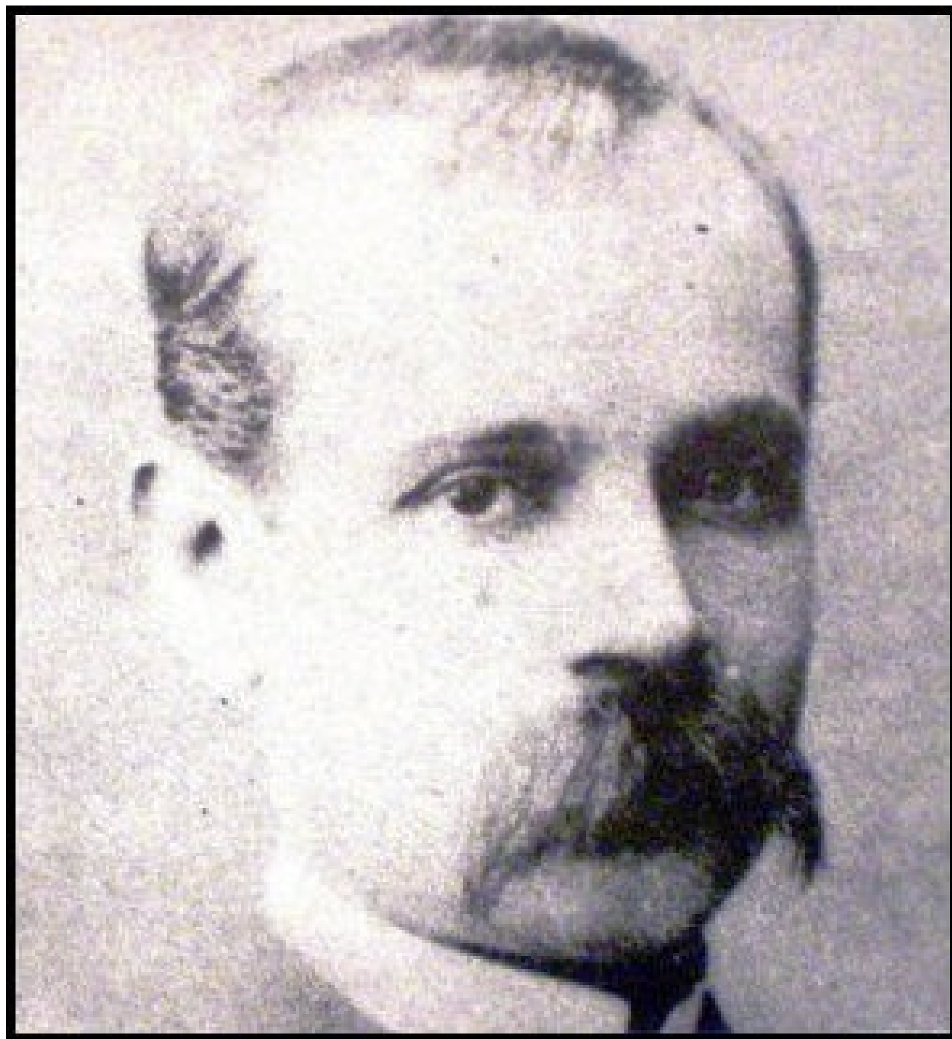
Patio de conventillo

(volver)



Le lever de la bonne, de Eduardo Sívori

(volver)



Eugenio Cambaceres

(volver)



Virgen de Luján

(volver)



Primer Hotel de inmigrantes

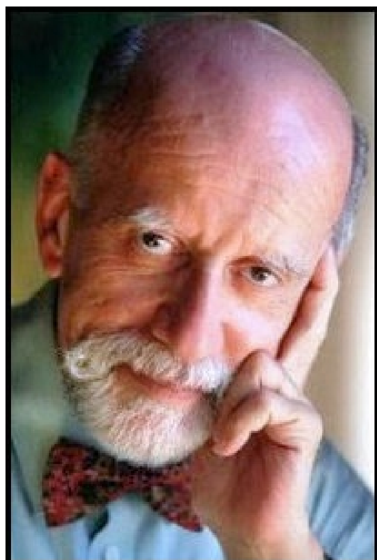
(volver)



Tranvías a caballo delante de la Catedral

(volver)

EL AUTOR



Ernesto Schoo (1925, Buenos Aires), destacado escritor, periodista, crítico, cronista, traductor y guionista argentino, es una de las figuras prominentes de la literatura y la crítica argentina.

Se inició en 1950 en *La Gaceta de Tucumán*, *Vea y lea* y la *Revista Sur*. Posteriormente, ejerció el periodismo en diarios y revistas como *Primera Plana*, *La Opinión*, *Convicción*, *Tiempo Argentino*, etc. Como jefe de la sección de arte en *Primera Plana* realizó a Gabriel García Márquez la primera entrevista que se publicó en un medio argentino.

Es actualmente colaborador y crítico teatral del diario *La Nación* de Buenos Aires.

Fue guionista de la película *De la misteriosa Buenos Aires* (1981), de Oscar Barney Finn, basada en el célebre libro de relatos de Manuel Mujica Lainez. También de Manuel Mujica Lainez adaptó para televisión los cuentos *El dominó amarillo* y *El coleccionista.*

Ha traducido obras de Henry James, Franz Kafka y Héctor Bianciotti.

Como escritor publicó una colección de cuentos, *Coche negro, caballos blancos* (1989), que ganó el primer premio en ese género de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, y varias novelas: *Función de Gala* (1976), *El baile de los guerreros* (1979), *El placer desbocado* (1988, Premio del Club de los XIII a la mejor novela del año), *Ciudad sin noche* (1991); además de *Pasiones recobradas*, ensayos (1997) y *Cuadernos de la sombra*, sus memorias de infancia, de 2001.

Su novela *El baile de los guerreros* fue editada en Francia (ALEÏ, Dijon, 1987) como *Le Bal des Guerriers*, traducida por Catherine Boivin.

Entre 1996 y 1998 fue director general del Teatro General San Martín de Buenos Aires y vocal del Fondo Nacional de las Artes.

Es académico de la Academia Nacional de Periodismo de la Argentina y de la Asociación de Cronistas Cinematográficos de la Argentina.

Premios y distinciones recibidos: Premio Cóndor de Plata a la trayectoria; Premio Kónex de Platino en la categoría “Memorias y Testimonios” (2004); Caballero de la Orden y de las Artes y las Letras, condecoración entregada por el gobierno francés; Oficial de la Orden al Mérito de la República de Italia.

Su libro más reciente, *Mi Buenos Aires querido*, fue editado en España en 2011.

Fuente: artículo de WIKIPEDIA

NUESTRAS PUBLICACIONES

Biblioteca Franca es la colección de textos gratuitos de **Ediciones De La Mirándola**; todos los títulos que la integran pueden descargarse del sitio de Internet Archive. Algunos de ellos son los siguientes:

JO GENEROSO - Italo Svevo.

BIBLIÓMANO - Charles Nodier.

Y MI CHIMENEA - Herman Melville.

.ARY MALTBY Y STEPHEN BRAXTON - Max Beerbohm.

NAS DE AMOR DE UNA GATA INGLESA - Honoré de Balzac.

CURSOS DE LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS - Caballero de la Tranca (anónimo español).

EMAS - San Juan de la Cruz y Cyprien de la Nativité de la Vierge.

GENERAL FRAY FÉLIX ALDAO - Domingo Faustino Sarmiento.

INER MARIA RILKE - Susana Soca.

BRE LA LECTURA E INTERPRETACIÓN DEL QUIJOTE - Miguel de Unamuno.

LOS REMEDIOS DE CUALQUIERA FORTUNA - Francisco de Quevedo y Diego de Torres Villarroel.

CASAMIENTO DE LAUCHA - Roberto J. Payró.

GOTA DE SANGRE - Emilia Pardo Bazán.

AS - Horacio. Traducción de Fray Luis de León.

LA VARONA - Ramón María del Valle Inclán.

CABALLO PERDIDO - Felisberto Hernández.

CÓLICAS O ÉGLOGAS - Virgilio. Traducción de Fray Luis de León.

TOBIOGRAFÍA. CARTA A VERLAINE - Stéphane Mallarmé.

El catálogo general de **Ediciones De La Mirándola** puede consultarse en nuestra página web. Todos los títulos están disponibles en formato digital y, en algunos casos, también en papel; la sección Puntos de venta de nuestra página da las informaciones pertinentes para su adquisición.

Algunos títulos:

EMAS EN PROSA - Stéphane Mallarmé.

VISTA - Raymond Roussel.

RCICIOS Y EVIDENCIAS - Rainer Maria Rilke.

ERIDA MAMÁ. CARTAS A LA MADRE 1834-1859 - Charles Baudelaire.

ERIDA MADRE. CARTAS A MADAME AUPICK 1860-1866 - Charles Baudelaire.

ACUSACIÓN Y LA DEFENSA - Gilbert Keith Chesterton.

EMAS Y DEDICATORIAS - Rainer Maria Rilke.

POLEÓN, RETRATO DE UN TIRANO - Germaine de Staël.

IÓS - Honoré de Balzac.

MUJER POBRE - Léon Bloy.

S CENCI. CRÍMENES CÉLEBRES I - Alexandre Dumas.

MARQUESA DE BRINVILLIERS. CRÍMENES CÉLEBRES II - Alexandre Dumas.

RL LUDWIG SAND. CRÍMENES CÉLEBRES III - Alexandre Dumas.

ALOGO DE LA SALUD. POESÍAS - Carlo Michelstaedter.

TAS DESDE MI CABAÑA DE MONJE - Kamo No Chômei.

LARAÑAS DE UN CRÁNEO VACÍO - Ambrose Bierce.

MORANDA - Diarios 1836-1864 - Jules Barbey d'Aurevilly.

RNOS TRIBUTOS A FRANCIA. LAS CUARTETAS VALESANAS - Rainer Maria Rilke.

BELLA Y LA BESTIA - Gabrielle de Villeneuve.

CASO LEMOINE Y OTROS PASTICHES - Marcel Proust.

S TRES AMORES DE BENIGNO REYES - John-Antoine Nau.

MALDICIÓN DE LOS NORONSOFF - Jean Lorrain.

S ROSAS. LAS VENTANAS - Rainer Maria Rilke.

OUARD - Claire de Duras.

EINTA Y SIETE VERSIONES HOMÉRICAS - Leopoldo Lugones.

RTAS DE GUERRA - Jacques Vaché.

MUERTE DIFÍCIL - René Crevel.

TORIA DE DOS AMANTES - Enea Silvio Piccolomini (Papa Pío II).

También pueden mantenerse al corriente de nuestras novedades a través de nuestro blog Literatura y traducciones, facebook y twitter. Agradeceremos todo comentario que nos quieran hacer llegar.



COLOFÓN

El texto de la presente edición electrónica gratuita de UN PORTEÑO EN 1887, de ERNESTO SCHOO, ha sido amablemente cedido por su autor a EDICIONES DE LA MIRÁNDOLA para su inclusión en la colección BIBLIOTECA FRANCA. Hacemos expreso aquí nuestro sincero agradecimiento.



Edición en formato ePub hecha el 17 de mayo de 2013.

